



LAS BIENAVENTURANZAS

—PARTE I—

Por Osvaldo Bouille

*“¿Cómo es, Señor que yo te busco?
Porque al buscarte, Dios mío busco la vida feliz,
haz que te busque para que viva mi alma,
porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti”.*

San Agustín, Confesiones

Dios nos ama. Nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle; si cumplimos con esto, no sólo lograremos obtener felicidad, sino la vida eterna. De su amor-providencia emana el plan de ayuda divina, manifestado en distintas expresiones de tiempo y lugar, una de ellas, está resumida en las enseñanzas que fueron impartidas por Jesús al comienzo del “Sermón del Monte”, y que son conocidas como: Las bienaventuranzas.

Podríamos decir que estas bienaventuranzas son la carta magna de la vida cristiana. Estos consejos de perfección, nos conducen a una vida plena, feliz y gozosa. Por eso en la liturgia

bizantina se las recuerdan y cantan todos los domingos durante la misa.

Pero frente a ellas tenemos distintas reacciones, expresión de sentimientos diversos que afloran en nuestro interior cuando comprendemos, que esas ocho expresiones de Jesús son una provocación que llega a la tierra desde el cielo, con un mensaje de esperanza que impacta en nuestro corazón, lo desafía, y lo invita a reaccionar, para que pueda felizmente acompañar la vida real.

La invitación es atractiva, escuchar promesas de felicidad, despiertan el interés de cualquiera, pero al oír los caminos para alcanzarla, “felices los que lloran... los que tienen hambre y sed de justicia...”, uno siente la tentación de postergar la aceptación, por lo que implica modificar al querer vivir en armonía con la verdad interior.

Porque las Bienaventuranzas no son una invitación a descansar, sino a ponernos en el camino. Su principal intención no es enseñarnos *quién* es dichoso, sino *cómo* debemos vivir si queremos participar de esa dicha, ahora y siempre.

Para ser partícipes de esa dicha celeste, necesitamos hacer un esfuerzo constante, donde vamos sustituyendo los efímeros placeres de los sentidos, por los verdaderos deleites de la felicidad del gozo interior, volviéndonos libres, al sintonizar cada

vez más plenamente nuestra voluntad, con la Divina voluntad del Padre celestial.

La felicidad, anhelo constante

La felicidad es un anhelo constante del alma que busca recuperar, para vivir con alegría la estadía terrenal. Cuando lo logra, le cuesta conservarla porque proviene del cambio constante de la dualidad, hasta que descubre que puede asirla y no soltarla jamás.

Pero confundida, en un principio, duda si es de aquí o de allá, hasta que descubre que no hay aquí o allá, todo es una sola realidad sin tiempo ni lugar.

Dios siempre está y nos ayuda sin cesar. Algunos mensajes celestiales nos permiten conectar con la divina intuición que nos hace comprender sin pensar. Y al recuperar la serenidad, vemos que todo está en el tiempo y lugar que tiene que estar.

Porque la dicha prometida por las bienaventuranzas, *ya* es, siempre está en nosotros aunque *todavía no* en plenitud. No son exclusivamente en el futuro, ni se reducen sólo al presente, crece en el tiempo junto al anhelo de perfección.

Así como el sol derrite al comienzo de la primavera, el hielo del invierno y la vida recupera su vigor, el calor del amor divino derrite poco a poco, la frialdad e indiferencia del corazón, permitiéndonos florecer a una vida más plena y feliz.

Las bienaventuranzas, provocación Divina

Las bienaventuranzas, o en el original griego de los evangelios, los macarismos, tienen su origen en la palabra *makários*, que equivale a “*feliz*” en un sentido pleno. La beatitud o bienaventuranza significa la bendición, “la dicha del cielo”; un regalo divino que acompaña al hombre en su vida creativa y desborda en plenitud al recobrar el alma su infinita libertad.

En el Nuevo Testamento encontramos más de veinte macarismos, sin embargo hay dos, de amplio contenido pedagógico, que la mayoría reconoce como “las Bienaventuranzas” o macarismos por excelencia. Ambos se encuentran al comienzo de un discurso, que en los evangelios de san Lucas y san Mateo pronuncia Jesús al comienzo de su vida pública.

Su lenguaje es simple, en la primera parte designan las personas o clase de personas felices y la segunda expresan la razón de dicha felicidad. Cada uno, con su particular expresión evangélica, que hacen propicio el contenido de sus mensajes, ubicándolos en circunstancias cercanas al sentir de la comunidad que es destinado.

Las bienaventuranzas de san Mateo

Las bienaventuranzas ofrecidas en el evangelio de san Mateo, fueron dichas al principio del Sermón que predicó Jesús

en la ladera de un monte, según algunos estiman en las cercanías del lago Tiberíades en la región de la Galilea.

San Mateo escribe su mensaje principalmente para los cristianos de origen judío, donde el monte, o la montaña, tiene para ellos un gran significado bíblico, por haber sido el lugar donde Moisés recibió las tablas de la Ley por parte de Dios; dándole de esta forma similar importancia a las enseñanzas impartidas por Jesús.

Este sermón comienza diciendo:

“Viendo la multitud, subió al monte; Sentándose, vinieron a Él sus discípulos. Y abriendo Su boca les enseñaba diciendo:”

1. Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

2. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la Tierra por heredad.

3. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

5. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

6. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

7. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

8. Bienaventurados los que padecen persecuciones por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Se puede considerar, aunque no todos estén de acuerdo, que las bienaventuranzas de san Mateo son ocho. Porque, cuando analizamos el texto, observamos que la octava se desdobra en dos partes:

1. En la primera hay una *formulación general*: “Bienaventurados los que padecen persecuciones por causa de la justicia, porque de *ellos*, es el Reino de los Cielos”, usando en la bienaventuranza propiamente dicha, la tercera persona del plural, igual que las siete precedentes.
2. En la segunda una: *concreción de esa formulación*: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vitupe-

ren y os persigan, digan todo mal contra *vosotros*, mintiendo”, dirigida esta parte, en segunda persona, más propiamente a sus discípulos que estaban escuchando.

Y están ofrecidas a dos formas de sentir:

A los necesitados:

1. En las cuatro primeras, Jesús, según nos narra san Mateo, considera bienaventurados, a *aquellos que sienten diversas necesidades*, expresadas como un anhelo espiritual interior, no simplemente pobres, sino “pobres en el espíritu”, no hambrientos, sino “hambrientos de justicia”, necesidades que ayudan a elevar la conciencia del aspirante espiritual.

A los solidarios:

2. En las cuatro siguientes, anuncia bienaventuranza a los que son *solidarios* con esas necesidades de sus hermanos, haciendo referencia a esa respuesta amorosa del sentimiento, propia del que ve a Dios en todas las criaturas de la creación, y manifiesta misericordia, bondad, paz..., a pesar de que podrían

traerles consecuencias, como ser perseguidos, difamados, y otras situaciones adversas.

El número como símbolo

No es una cuestión irrelevante que de las bienaventuranzas sean ocho o nueve, porque igual que en muchos pueblos orientales, en Israel los números no son únicamente cantidades, sino que tienen además un significado simbólico.

Las bienaventuranzas son ocho, porque según se cree, san Mateo tuvo en cuenta desde el punto de vista bíblico, que la creación se realizó en siete días, y Cristo resucitó el “octavo día”; es decir, el primer día de una nueva semana, que representa la nueva creación. Que es la nueva realidad que comienza a experimentar el alma, al escuchar el susurro-invitación que la ayuda a recuperar su prístina condición original.

En otras tradiciones el número ocho también es significativo, en muchas culturas es considerado el lazo de unión que relaciona nuestro mundo con otro mundo superior. Recordemos en este sentido los ocho pasos del yoga expresados por el sabio Patánjali, que permiten obtener la unión con Dios; o el óctuple sendero en el camino de la iluminación propuesto por el Buda. El número ocho, en estos casos, completa con su simbolismo el sentido profundo del mensaje.

Las bienaventuranzas de San Lucas

Las bienaventuranzas narradas por san Lucas, forman parte del sermón que predicó Jesús cuando se detuvo con sus discípulos y la gente que lo seguía en un lugar llano, por eso se lo recuerda como el “Sermón del Llano”.

Recordemos que este evangelista dirige su evangelio principalmente a las comunidades de origen griego, acostumbradas por su tradición a la práctica de la enseñanza en los lugares abiertos y llanos. Por eso algunos consideran que el lugar elegido para este sermón, es más cercano el sentir de sea gente. Que comienza de la siguiente forma:

“Jesús bajó con ellos y se detuvo en un lugar llano. Había allí un grupo impresionantes de discípulos suyos y una cantidad de gente procedente de...”

“Entonces levantó los ojos hacia sus discípulos y les dijo:”

1. Bienaventurados ustedes los pobres, porque de ustedes es el reino de Dios.
2. Bienaventurados ustedes los que ahora tiene hambre porque serán saciados.
3. Bienaventurados ustedes los que lloran, porque reirán.
4. Bienaventurados ustedes si los hombres los odian, los expulsan, los insultan y los consideran unos delincuentes a

causa del Hijo del Hombre. Alégrese en ese momento y llé- nense de gozo, porque los espera una recompensa grande en el cielo. Recuerden que de esa manera trataron también a los profetas en tiempos de sus padres.

En el Sermón del Llano, las bienaventuranzas son cuatro. Y están dirigidas a las personas que el mundo considera pobres, no indigentes, que se sienten libres de apego a la fortuna y me- tas mundanas, y que pueden sentirse felices, porque Dios les va hacer justicia.

Y en contraposición añade cuatro advertencias a los ricos, o sea aquellos que se conforman con las posesiones materiales en lugar de procurar la abundancia espiritual. Previenen al in- cauto que ciertas acciones o actitudes que parecen satisfacto- rias, al final provocarán dolor. Estas son:

1. Pero ¡pobres de ustedes los ricos, porque tienen ya su consuelo!
2. ¡Pobres de ustedes los que ahora están satisfechos, porque después tendrán hambre!
3. ¡Pobres de ustedes los que ahora ríen, porque van a llorar de pena!

4. ¡Pobres de ustedes, cuando todos hablen bien de ustedes, porque de esa misma manera trataron a los falsos profetas en tiempos de sus antepasados!

Porque vivir sin amar es vivir para el ego, no para Dios. Tenemos la oportunidad de vivir armoniosamente con toda la creación, con su Creador y con nuestra luz interior. Según como tratamos seremos tratados. Sin el néctar del amor nuestro corazón será limitado y pobre, pero en sintonía con la cósmica armonía, se volverá rico en beatitud, serenidad y paz. Esa es la invitación y el mensaje es claro: debemos vaciarnos de mundo y llenarnos de cielo.

Una única invitación

El sentido de esta divina invitación es uno: los dos evangelistas se complementan con lo expresado en cada sermón; y no hay bienaventuranzas diversas que se añaden una a otras, sino una única y total, expresadas bajo diferentes aspectos y circunstancias. Todas nos llevan a comprender el camino a la eterna felicidad.

Porque las bienaventuranzas responden al deseo natural de ser felices. Este deseo es de origen divino. Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, ya que es el único que puede colmar su necesidad de Gozo eterno.

Así el hombre imantado por Su gracia puede exclamar:

Gozo, divino Gozo, mi alma te quiere encontrar,
sé que te ocultas como la perla en el mar,
pero mi anhelo es tan grande que nada nos puede separar,
sé que al final mi ser a Ti se unirá,
gozando sin fin de la visión celestial.

Y como dice san Agustín:

Allí descansaremos y veremos;
veremos y nos amaremos;
amaremos y alabaremos.
He aquí lo que acontecerá al fin sin fin.
¿Y qué otro fin tenemos,
sino llegar al Reino que no tendrá fin?

Reino de la felicidad, tesoro oculto del alma,
sonríeme ya.

*Por el Prof. Osvaldo Bouille
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*